

LA VICTORIA

Publicación Semanal, Comercial y Política.

AÑO I

San Bernardo, 5 de Junio de 1920

Núm. 15

LA VICTORIA

PERIODICO LIBERAL

Publicación fundada el 28 de Febrero 1920

OFICINA DE REDACCION

Arturo Prat 183 Casilla 55

Suscripción anual \$ 10.00

Número suelto " 0.10

LA VICTORIA

SAN BERNARDO, 5 JUNIO DE 1920

Construimos y no Demolemos

Terminábamos un artículo anterior, demostrando la conveniencia de atender a los cimientos de nuestro edificio constitucional antes de efectuar reparaciones de índole voluptuaria, los que acompañamos al señor Barros Borgoño opinamos de esta suerte.

Por eso los liberales de esta tendencia se sienten más cerca de los conservadores, de quienes nos separan discrepancias sobre la ventaja de hacer o no esas reparaciones, que de los partidarios avanzados del señor Alessandri que sueñan con demoler para efectuar una nueva edificación.

Ampliando nuestro pensamiento: los constituyentes del año 33 al construir el hermoso palacio de nuestra carta fundamental, le pusieron adornos, de buen gusto en aquella época, como el artículo 4.º, pero, que andando el tiempo, y con los modernos gustos arquitectónicos del país, dan a ese bello edificio un aspecto pesado y vetusto. Los liberales pretenden arrancar del frontón tan arcaico decorado, los conservadores instalan por guardarlo. Este es el gravísimo problema que nos separa; y como se ve, algunos lo consideran primordial. No importa que la casa se bambolea, minada por los que aguardan su hundimiento para entrar a saco en las habitaciones, lo esencial es para ellos discutir el problema religioso.

La Unión Nacional, le ha relegado por ahora, y atiende en forma principal a no sacrificar el todo por conseguir la parte. Ve claramente que se precisan reparaciones substanciales y está decidida a efectuarlas; pero, como todo ser razonable que tiene el efectivo propósito de construir empieza por la base. Una vez a cubierto del más violento terremoto, llega el caso de ir haciendo otras reformas, con cautela, no arriesgando, por arrancar una columna que se estima inútil, que se produzca el derrumbe aplastando a reformantes y reformados.

Relegado como artífice de la obra, a don Luis Barros Borgoño, y la verdad que pocos hombres públicos más capacitados para efectuarlas. Su paso por todas las ramas de la administración nos da indudable provecho. Ya en el liceo como en el Ministerio de Relaciones, su labor ha sido fecunda en hechos y no en declamaciones. La difusión del ahorro, obra efectiva en beneficio del pueblo, arrebató año a año millones de pesos a la taberna y al garito. La compra de propiedades por intermedio de la Caja ha realizado para muchos hogares modestos, el anhelo que parecía quimérico de tener su casa propia, procurando así, resolver el problema del pequeño propietario y la subdivisión de la tierra, en el concepto verdaderamente liberal, de los medios legítimos y no en el bocheviki de la violencia.

En próximos artículos seguiremos analizando la obra silenciosa y efectiva del eminente ciudadano que en pocos días más solicitará el apoyo de los compatriotas que miren el interés de la patria por encima de sus conveniencias y de bizantinismos doctrinarios.

La fortuna bien repartida

Algunos casos recientes nos inducen a hacer observaciones respecto al empleo que de sus riquezas suelen hacer nuestros hombres afortunados, ya sea en vida, ya disponiendo de ella después de su muerte.

Ultimamente, el conocido millonario don Federico Santa María, ha hecho donaciones cuantiosas a la ciudad de Valparaíso; haciendo referencia especial que dichas sumas sean invertidas en la instrucción popular de la clase proletaria.

Este ejemplo está demostrando que empieza a abrirse paso la práctica de repartir bien la fortuna.

La gran aspiración es, en general, dejar a los hijos herederos de la mayor suma posible. Es curioso observar que esta tendencia es más fuerte, precisamente, en aquellos que, nacidos en la pobreza, han debido soportar muchos sacrificios y privaciones para acurrular cientos de miles o millones de pesos.

Si esos hombres hubiesen nacido ricos, no habrían sentido el aguijón de la necesidad o la ambición que los impulsó a trabajar, como lo hicieron, durante toda su vida.

Pero quieren que sus hijos no pasen por ese terrible trance, desean que nazcan, crezcan, hereden y vivan en la riqueza; o lo que es lo mismo, matar en ellos la iniciativa que a sus padres les hizo hombres de acción, de esfuerzo, de energías.

Es un porcentaje muy escaso el de los herederos afortunados que trabajan como si no tuviesen fortuna; para formarse tal resolución necesitan haber recibido una instrucción muy acabada y sólida, tener un concepto firme del valor del trabajo; heredar—juntamente con la fortuna—la inclinación a hacer una obra de su esfuerzo personal. Y estos son escasísimos.

Al contrario, lo que ocurre por lo general, es que se entregan a una vida de ocios, cuando no de vicios. Malgastan en satisfacer vanos y ridículos caprichos o simplemente se limitan a mantener sus caudales, sin tratar de aumentarlos. ¡Es claro! Nacen sin sentir las fuerzas impulsivas del trabajo.

Hombres de otras razas,—sobre todo en Estados Unidos,—creen una obligación repartir sus fortunas no sólo entre sus parientes, sino también en beneficio social, pues comprenden que, la sociedad directa o indirectamente ha contribuido a la reunión de sus caudales. Es así como se organizan instituciones de beneficencia y se levantan en todas las ciudades hospitales, escuelas, universidades, debido a la munificencia de los ricos bien inspirados.

Entre nosotros los casos son rarísimos. Se cuentan con los dedos de las manos los benefactores de la sociedad, y es curioso anotar que éstos, en casi su totalidad, pertenecen a un credo religioso y a un partido político: el católico.

Quiero decir esto que la religión tiene el poder de inclinar a los creyentes a la beneficencia? ¿Significa que los católicos tienen un concepto más alto de sus deberes para con la sociedad? ¿Indica que es forzoso tener un credo religioso para apreciar esos deberes? ¿Es que fuera de las instituciones religiosas no hay acción que ejercitar?

No podríamos contestar afirmativamente estas preguntas, porque ello sería repugnar el ejemplo que vemos en otros países. Pero quizá si pudiéramos decir que una falta de cultura suficientemente extensa—que el religioso suple por el mandato de los dogmas—es la causa principal de la ausencia de las asignaciones a las obras laicas. La falta de amor a ideales concretos, a aspiraciones definidas; la falta de una conciencia precisa de las necesida-

des manifiestas que se hacen sentir en la sociedad.

Porque esto parece lógico: si la convicción más profunda de un hombre es que la felicidad de sus semejantes reside en la religión, dejará parte de sus bienes para levantar iglesias u otras fundaciones religiosas. En cambio si tiene la convicción de que la felicidad reside en la instrucción laica bien difundida, dejará aquellos dineros para el establecimiento de una escuela taller, liceo o universidad que deban funcionar para difundir las ideas que se han estimado más benéficas; o los dejará a alguna institución laica cualquiera que tenga por objeto difundir la instrucción.

Y digamos la verdad, la triste verdad: los hombres de Chile sienten un perpetuo cariño por algún ideal de progreso; que alientan fe en sus convicciones; que tienen una extractiva e intelectual, y moral sólida y alienta deseos vehementes de ver propagarse sus doctrinas, son solo aquellos que en ninguna otra forma práctica que la propaganda escrita o hablada,—de pobres resultados efectivos,—pueden traducir sus aspiraciones.

Los afortunados, o son sectarios de un credo religioso, o son indiferentes a toda propaganda, salvo excepciones que por su notoriedad ponen unas en relieve el aserto.

Espíritus apáticos, su obra es no hacer otra cosa que lamentar o quejarse de todo; pero de su parte no ejercitan un esfuerzo, no consumen una actividad que no se traduzca en beneficio propio inmediato, salvo una que otra fácil generosidad, de escaso valor.—No ligan su nombre a obra alguna de aliento; no conocen la satisfacción de perpetuar el culto de ningún ideal.

En cambio, así no se trate de satisfacer un capricho que merecerá los honores del comentario vanidoso y adulador, de verse su nombre en "letras de molde", el mal entendido amor propio hará romper todos los diques de la ecuanimidad.

Para ellos dijo Salomón: "Vanidad de vanidades; siempre vanidad" ¿Lograrán algunas escasas excepciones hallar imitadores que no faltarian, si dominase otro concepto del orgullo? Asistiremos algún día a la crisis del orgullo estrecho y hueco, y al florecimiento del orgullo y de la ambición legítimas que van, no tras nuestra satisfacción personal, sino en pro del triunfo de los grandes ideales que deben fascinarlos?

¿Quizá! MEDIUM.

Maternidad

Discurso pronunciado por el Dr. Rodríguez Barros

La numerosa y distinguida concurrencia que llena esta sala asegura el éxito más completo a la feliz iniciativa del Doctor Sepúlveda, para construir una sección de Maternidad anexa al hospital de esta ciudad.

Justifica ampliamente esta generosa idea la urgente necesidad de esta clase de servicios de asistencia social y la distancia que hace difícil el traslado de enfermas a la Maternidad de Santiago.

La creación de salas especiales para la atención de madres en las ciudades que no cuentan con un asilo de esta naturaleza, obedece a una verdadera necesidad. Parece lógico, por otra parte, que las sociedades humanas no queden indiferentes ante la situación de la mujer, sobre todo cuando llena su misión natural, con peligro a veces de su salud y de su vida.

Las Maternidades son, además, obras de protección social de importancia considerable, para combatir la mortalidad infantil y ya no hay nadie que no reconozca la necesidad de luchar contra esta mortalidad.

Con este fin las obras de asistencia a las madres, las gotas de leche y los consultorios para recién nacidos, se han multiplicado por todo el país, siendo digno de notarse que en esta campaña de bien público la iniciativa privada ha ido, casi siempre adelante sacudiendo la indiferencia de nuestra administración pública.

Y en esta ocasión vemos, como siempre, que toda iniciativa generosa, toda obra de justicia y de solidaridad social, encuentra en la mujer chilena la más cordial acogida y el más entusiasta concurso. Nuestras damas son nuestro orgullo, porque son naturalmente bondadosas, son patriotas e infatigables en la caridad.

Es muy sensible que cuestiones de política y de interés personal absorban con más facilidad la atención de nuestros dirigentes que los problemas que tienen relación con la salud y el bienestar de los habitantes.

Es un hecho reconocido que nuestra población aumenta de una manera tan lenta, que apenas se hace sentir sobre las crecientes necesidades del país, que necesita brazos para sus nuevas industrias y para la explotación de sus innumerables y variadas riquezas.

Contribuye a producir esta verdadera estagnación de nuestra población la enorme mortalidad infantil, el aumento de nuestra mortalidad general y, en estos últimos años, la disminución de la natalidad.

Preocupado desde hace varios años de estos problemas de interés nacional, observo con legítimo terror estos factores de despoblación que aueñan como funebre campana sobre los destinos del país.

La mortalidad infantil, especialmente en los niños menores de un año, alcanza entre nosotros cifras verdaderamente increíbles. Con mucha mayor razón que el doctor Bergerón, en Francia, podríamos decir que aquí un anciano de ochenta años, tiene más probabilidades de vivir un año que un niño que acaba de nacer.

Esta mortalidad de niños representa una verdadera herida que no cura, ni mejora, y que se lleva las mejores energías del país.

Todas las instituciones de asistencia a las madres y los niños hacen un trabajo verdaderamente maravilloso, pues salvan todos los años millares de vidas; pero el mal es tan grande, la cifra de defunciones tan alta que los resultados generales parecen, a primera vista, desalentadores.

En efecto, todos los años mueren en Chile alrededor de cuarenta mil niños menores de un año y en este número, más de la mitad fallecen a consecuencia de afecciones gastro intestinales o pulmonares y casi una tercera parte, con motivo de la debilidad congénita o prematurnidad.

Nadie, sin embargo, podrá negarnos que tanto las afecciones intestinales, como pulmonares, obedecen a causas fácilmente evitables, como es evitable el alcoholismo, causa de la debilidad congénita. Con razón, pues, podemos decir que aquí los niños no mueren, se les mata; se les mata por ignorancia, se les mata por indiferencia o por el alcohol.

Esta misma indiferencia y esta misma ignorancia es la que nos produce también la gran mortalidad general.

Nuestro admirable clero y la robustez de la raza, inútilmente ponen obstáculo a la propagación y desarrollo de las enfermedades contagiosas; los poderes públicos no se agitan, no se alarman sino cuando el mal se ha extendido, y la ignorancia del público, que no cree en contagios y que no acepta sin reparos y difícilmente, las medidas sanitarias, hacen lo demás.

Allí están los millares de vidas que nos cuesta anualmente la fiebre tifoidea, que puede evitarse mediante una vacuna que aquí no existe. Ahí la epidemia de